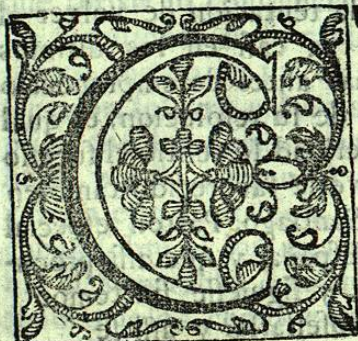


## CAPITULO XIII.

*Professa el Venerable Aparicio, y primeros empleos, en que le ocupó la obediencia.*



**CUMPLIDO** el año de la aprobacion de Aparicio, se dividió la Comunidad en pareceres en orden à admitirlo à la profession. Esforzaban unos la negativa con lo improporcionado de la edad de setenta y tres años, bastantes à impedirle el puntual cumplimiento de las obligaciones essenciales de la regla, que havia de professar, y mucho mas en el estado de Lego, en que era necessario mayor vigor para desempeñar los trabajosos ministerios de su vida activa. Otros por el opuesto, poniendose de parte de su exemplarissima humildad, obediencia, y mortificacion, con todo el demás resto de virtudes, de cuya fervorosa práctica les asseguraba la experiencia de aquel año, promovian con el mayor resón el parecer de que no solo se hacia injuria à su Persona en despedirlo; mas tambien à la misma Religion, defraudándola assi de un Sujeto, que con su exemplo, y notoria edificacion la pudiesse ilustrar.

Tres dias se passaron, despues de cumplido el año, en estas conferencias, portandose en ellos

Apa-

Aparicio con tal serenidad, que poniendo su suerte en manos del Señor, ordenò en los mismos se diesse de limosna à los pobres aquellos mil pesos, que al hacer su donacion à las Religiosas se havia reservado. No pareció esta resolucion de lo mas prudente à uno de nuestros Frayles, que acercandose à él le dixo: que mirasse lo que hacia, porque su profession estaba mui dudosa, y quizá havia menester dentro de mui breve lo que mandaba entonces repartir: *No importa, Hermano,* le respondió santamente resignado Sebastian, *Dios me pasa en este puesto, si no quisiere que perseverare, volveré à trabajar de nuevo, que buena salud me ha dado para ello.*

Resolvióse finalmente la duda à favor de sus deseos, havindole proporcionado la demora la satisfaccion de hacer el suspirado sacrificio de sí, consagrando à Dios en la Religion el día de S. Antonio de Padua, uno de sus especiales Abogados, y Patronos. Apenas professó quando comenzò à dar las pruebas mas visibiles de las veras, con que havia renunciado à su voluntad propria, sin reconocer ya otro movil, que la obediencia.

Destinòle esta al Convento de Tecali, seis leguas adelante de la Puebla, en donde se necesitaba de un Religioso Lego; y no faltando quien, atendiendo à las circunstancias de la persona, le advirtiesse ser la vivienda mala, y el Pueblo, à mas de solo, mui distante, por lo que podria suplicar al Prelado la asignacion à otro Convento: casi escandalizado respondió: *Donde nos embian se servirá Dios de lo q con buena voluntad hiciéremos, pues no somos nuestros, sino ajenos.*

Con este dictamen, que jamás perdió de vista en el resto de su vida, se partió gustoso del Convento

de



de México el año de 1576. y llegando al de Tecali, comenzó à desempeñar el solo todos los exercicios anexos à su profesion, y necessarios à la Casa. Aplicábase con particular fervor en el de la Cocina al sustento de los Religiosos; porque decía, que por ellos sustentaba Dios al mundo; satisfaciendo al mismo tiempo con el zelo possible los de Limosnero, Sacristan, Portero, Refectolero, y Hortelano; no siendo lo mas admirable à los Religiosos el hallarle siempre en cada uno de aquellos ministerios, y lugares alegre, pronto, sólicito, veloz, manso, charitativo, humilde, eficaz, y diligente; sino el que en medio de ellos jamás dexò el Rosario de la mano, ni la frequencia de la Oracion, Mortificaciones, y Sacramentos.

#### CAPITULO XIV.

*Dexa Aparicio el Convento de Tecali, y passa al de la Puebla, donde le aplica la obediencia al exercicio de Limosnero.*



U año contaba ya Aparicio de aquellos trabajos, que segun la regulacion de sus fervores, era otro tanto tiempo de delicias, quando le ordenò la obediencia passasse à morar al Convento de la Puebla, cuyo Guardian le destinò luego à recoger la limosna del campo. Aceptò con igual gozo, que prontitud, el ministerio: y sabiendo por experiencia la mayor com-

modidad de que servian las Carretas para conducir al Convento las que ofreciese la piedad de los bienhechores, fabricò dos, y las habilitò para el efecto, pidiendo por prelude de limosna algunos Bueyes. Comenzò à hacer de este modo la provision de trigo, maiz, y demàs semillas para el sustento preciso de la Comunidad que llegaba casi à cien Religiosos; alternando este exercicio con el de cortar, y traher toda la leña necessaria para el consumo, assi del Horno, como de dos Còcinas (una de la Comunidad, y otra de la Enfermeria) à la Sierra, ò Monte de Tlazcala.

Quando havia de descansar de aquella con esta ocupacion, acostumbraba hacer mansion al pie de un grueso Encino (que aun existe en el dia) en un sitio distante una legua àcia el Norte de la Puebla, de cuyo estado daremos noticia en mas oportuno lugar. Y desfunciendo en el sus Bueyes, y guardando los yugos, y coyundas con los demàs utensilios de su ministerio entre las ramas del mismo arbol, procedia à aquella laboriosissima tarea, de la que se retiraba por las noches baxo una de las Carretas, que mas que de rudo alvergue para el descanso de su fatiga, le servia de Oratorio, en que se empleaba en la meditacion, y contemplacion. Luego que verificaba el repuesto preciso para el furtido de las Oficinas, que hemos dicho, se restituia con el al Convento, desde donde proseguia el gyro molestissimo de recoger la limosna, que en distintas Haciendas, y Jurisdicciones pedia; atreando sus Carretas con el notable afan de uncir, y desuncir diariamente los Bueyes, muchas veces el solo; pues aun solia faltarle el alivio de un Indio, que era la úni-



ca ayuda, que acostumbra admitir en los caminos.

No llegaba à parage, en donde no excitasse aun la mas remissa piedad, no solo aquella serenidad de ánimo, que indicaba la alegría de su semblante en medio de los mayores contratiempos de su carrera; mas tambien la fanta sencillez, con que se insinuaba para el efecto de su mendicacion. Esta sola expressiõ: *Guardeos Dios, Hermanos: ¿hay que dar por Dios à S. Francisco?* de que uia comunmente en tales ocasiones, era, no solo un dardo, sino una aljaba, que despedia otros tantos, quantas eran sus sílabas, con que penetraba de tal suerte los corazones de aquellos à quienes la dirigia, que se reputaba reo de un gran delito qualquiera que no trataba de su socorro.

Passaba siempre la noche en donde le cogia. Allí atendia al alivio de sus Bueyes, agenciándoles el pasto necessario; y recogiendo todo en su interior, se encomendaba à Dios, pidiéndole de nuevo sus auxilios por medio de la intercessiõ de su Madre Santissima, à cuyo fin la empeñaba por el de su Rosario: concluido el qual, se entraba baxo una de las Carretas, que fuè el lecho de que usò todo el tiempo que le mantuvo la obediencia en este exercicio, sin que se lo hiciessen variar, ni los rigores de los mas desechos uracanes, las lluvias, ni los hielos. Acostábase allí sin otro abrigo que el de su pobre manto, y con la única commodidad (y que él apetece como la mayor) de estar mirando al Cielo, fomentando con su vista la consideracion de que vivia continuamente penetrado, de la presencia de aquel Señor, que en él habita. Assi passaba las noches, mas orando, que como quien dormia, hasta las quatro

tro de la mañana, que disponiendo de nuevo sus Carretas, proseguia su camino.

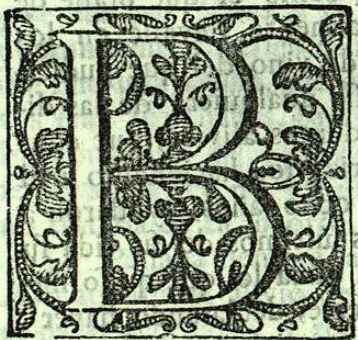
De resulta de un methodo tan rígido, acompañado de la indispensable precission de tolerar aguaceros, haver de vadear rios, con el peligroso accidente de dos roturas, todo sobre una edad tan avanzada; le fuè necessario al Prelado dispensarle, assi el que anduiesse à Caballo, como el que usasse de calzado; permitiéndole igualmente llevasse en los caminos una pequeña bota de vino, del que pudiesse usar, segun que lo exigiesse qualquiera de las dichas necessidades. Estos prudentes alivios, que contribuyeron tal vez à vigorizarlo, haciéndolo util hasta la edad de noventa y ocho años, ayudaron à prolongar tambien en estos últimos de su vida su martyrio. Y esto fuè por sin duda lo que quiso significar à la hora de su muerte, declarando haver vivido gustoso en aquel exercicio, porque en él no daba treguas à la mortificacion, teniendo sujeta su cuerpo à un continuo castigo.





## CAPITULO XV.

*Configue Aparicio insignes victorias contra el Demonio por estos tiempos.*



**B**RILLABA ya demasiado la virtud de Aparicio en la Religion, para que no ofendiese la vista del comun Padre de la embidia: esperaba el traydor vengarse, y con ventajas, de las victorias conseguidas por aquel contra su astucia quando bisoño, con triumphar de su fortaleza ya aguerrido; pero al passo que pensaba su soberbia de este modo, llegó à tal grado el menoscupio, con que despues de professo lo miraba, assi à èl, como à los suyos, Sebastian, que con humilde confianza solia decir: *Que no se le daba nada de ellos, aunque viesse mas que mosquitos.*

En esta feliz situacion se hallaba su ánimo, quando engolfado cierto dia en la Oracion en el Convento de la Puebla, se vió rodeado de un Exército de Demonios, que levantándolo violentamente por el ayre, lo pusieron en lo mas alto de uno de los Claustros del mismo Convento: vuelto en sí de la contemplacion el Santo Viejo, y viendose cercado de tantos, les preguntò: *¿quienes eran, y que querian?* A que respondieron: *Somos Demonios, que veni-*

*venimos de orden de Dios à arrojarte de esta eminencia abaxo en castigo de tus muchos pecados.* Entonces sin titubear el valor de Aparicio, les dixo: *Cuidado como no es verdad lo que decís, y venís con alguna de vuestras mentiras, como lo tenéis de costumbre: si os lo manda assi Dios ¿à que aguardais? Haced lo que Dios os manda, que yo estoy mui contento de que se haga en mi su recíisima voluntad.* El ardor que animaba esta heroica resignacion, transformò en rayo sus palabras, que arrojado de la esphera de su boca, hizo sentir su estrago en el abyssmo; viendo este descender precipitado à la fuerza de su impulso el orgullo de sus habitadores siempre indomable; lo que si alguna vez les hace variar de método, es sin mudar de fin en la intencion, como lo practicaban con Aparicio.

Caminaba este un dia con sus Carretas cargadas de trigo para el Convento de la Puebla, y quando mas ocupado en dar gracias al Altíssimo con las mas afectuosas jaculatorias, por la abundancia con que derramaba sus beneficios sobre los necesitados, vió que turbandose repentinamente el ayre, se cubria de obscuras nubes, acompañadas de truenos, y relámpagos, indicios todos de una inmediata, y copiosa lluvia. Comenzòse à afligir à causa de la inminencia del peligro de que el trigo se mojasse; y implorando el auxilio Divino, para que ò detuviesse el aguacero, ò le proveyesse de algun medio proporcionado para el resguardo del daño que temia, se le puso delante un Indio, que conducia una carga de esteras, ò petates; mas conociendo en èl Aparicio à su antiguo tentador: *Pensaràs traydor,* le dixo, *que me has de engañar, y que me he*



de aprovechar de tus fingidos petates; mas no se-  
rà assi, que ya te conozco; y assi te manda de par-  
te de Dios, que te vayas de aqui, y no me inquie-  
tes. Y desapareciendo al punto el malvado mensa-  
jero, dexò por señas del buen espíritu de su obse-  
quio hechos carbones los que representaba petates  
en la apariencia, y deshecha en el mismo punto la  
tempestad.

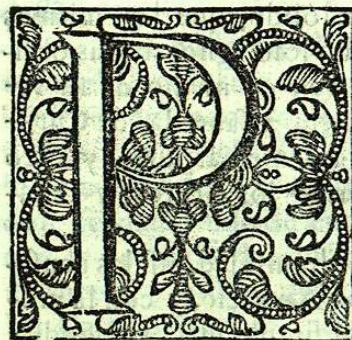
No tuvo mejor éxito, aunque creeria por sin-  
duda el mismo enemigo mas bien fundada su espe-  
ranza, en otra ocasion, en que caminando el Siervo  
de Dios por un despoblado, y afligido de la hambre,  
se le apareció en la misma figura de Indio con unas  
tortillas de maiz en la mano, convidándole con ellas  
en lengua Mexicana à que comiesse; al que respon-  
dió Aparicio: *Bellaco, bien te conozco, vete de aqui,  
que no he menester tu comida; que Dios tiene  
cuidado de esta Oveja, como cuida de  
los gusanillos,* con lo que se partiò  
igualmente avergonzado.



CAPI.

## CAPITULO XVI.

*Separa la obediencia por falsas imposturas à  
Aparicio del oficio de Carretero, y aplicale á otros  
ministerios en el Convento de la Puebla.*



ARECE, que como en otro  
tiempo para poner en cla-  
ro la de Job, huviesse dado  
licencia el Todo Poderoso  
al Demonio, para que usan-  
do de sus artes contra Apa-  
ricio, se hiciesse manifesto  
hasta la evidencian, que no  
tenia semejante la virtud  
de este su fiel Siervo en la

simplicidad, rectitud, y santo temor suyo, junto con  
el firme propósito de apartarse del mal; bien que  
haviendose contenido aquellas dentro de la esfera  
de los bienes temporales, y molestias del cuerpo;  
transcendieron éstas hasta la del espíritu, hiriéndole  
en lo mas vivo del crédito, y la reputacion aun de  
Christiano.

Valióse la astucia de aquel del mismo zelo  
de algunos Religiosos de la Comunidad, para hacer,  
que desfigurando el todo de las virtudes de Apari-  
cio, se lo representassen al Guardian con los negros  
colores de un hombre iluso, è indiscreto; y tan las-  
timosamente ignorante, que caminaba ciegamente à  
su perdicion baxo el aspecto de una santidad phan-  
tás-



tástica, haciendo passar por innocencia lo que era efecto de una mas que brutal simplicidad. Este texido de calumnias hallò tan facil acogida en el ánimo del Superior, que concibiendo en fuerza de ellas una total aversion contra el Santo Viejo, le hizo comparecer en su presencia; y explicando su ira, no sin algun perjuicio de la moderacion religiosa, bien que revestida del zelo del decoro del Hábito que vestia, y disciplina que professaba; lo llenò de baldones, tratándolo de mas estólido, que las mismas bestias que manejaba, pues no solo ignoraba las obligaciones de Religioso; pero aun en medio de su vejez no se havia aplicado siquiera à saber las de Christiano: y concluyó: que para remediar uno, y otro havia resuelto sacarlo de entre los brutos, y reducirlo à la vida del Claustro.

Escuchò con la mayor humildad, assi las acusaciones, como los improperios Aparicio, y con la misma, acompañada de su natural simplicidad, respondió: *Hermano Guardian, aqui he venido à hacer en servicio de Dios, y de la Religion lo que supiere: si en algo no ayudo como debo, no es porque no lo quiero hacer; sino porque no puedo mas: ved en que me mandais me ocupe en gusto de Dios, y de la obediencia, lo harè de mui buena gana, que por solo esso estoy en la Religion.* Su modelto descargo solo sirvió de irritar mas la cólera del indispuerto Guardian, con la que prosiguió à reprehenderle con igual aspereza: *¿Vos me decís, repuso, que estais en servicio de Dios, siendo tan al contrario, que ni un acto de virtud, ni de Religion sabeis hacer, y no haveis hecho otra cosa que brutalidades?* A que sin salir de los límites de su modestia respondió Aparicio: *Es verdad que yo no*  
hago

*hago cosa buena, sino simplicidades; mas Dios sabe donde irè yo con mis simplicidades, y vos con vuestras letras.* Sentencia, que aunque meditada despues por el dicho Guardian, le sirvió de arreglar mas su vida; no produjo otro efecto por entonces, que mandarle ir al Noviciado, diciéndole: *Andad, que yo harè, que podais mas.* En virtud de cuyo orden partiò luego Aparicio, determinada su obediencia à executar con la gracia de Dios quanto se le mandasse.

Recibiòle en èl el P. Maestro, y comenzò à ocuparlo conforme al orden, que tenia para ello del Prelado, en todos los penosos ministerios bastantes à exercitar la robustez de un Joven Novicio. Pero lo que mas llegó à afligir su espíritu fuè, que habiéndole señalado uno de entre los mismos Jóvenes para que le enseñasse la doctrina, y oraciones, segun el methodo, y orden, que comunmente se observa en los Cathecismos, le fuè del todo imposible la empresa, à causa de la suma escasez de su memoria, por mas que aplicasse à ella los mayores conatos. Los Maestros señalados, que no se daban por satisfechos con la puntual noticia de lo sustancial de todos, y cada uno de los artículos de nuestra creencia, y mandamientos de la Ley de Dios, testificados con el exactissimo cumplimiento de ellos por el mismo Aparicio, insistian de tal suerte en la material seqüela, y repeticion de las mismas voces; que si tal vez le corregian aquel su preciso defecto con amor; las mas lo hacian con demasiada aspereza, mortificándole como à reo de las mayores obligaciones de Christiano, con graves reprehensiones, y pesadas palabras, acompañadas de crueles disciplinas.



Priváronle al mismo tiempo de que ayudasse à Missa, y con esto del especial consuelo, que recibia en ello su espíritu: y para sincerar su conducta le decian: *Pensais, bruto animal, que es esto andar con Bueyes? Aprended lo que os enseñan, que no entrasteis à ser bestia, sino Religioso, y no le està bien à la Religion poner un animal, incapaz como vos, en ocupaciones donde no tengais Superior, que os gobierne, à quien deis quènta de lo que obráis mui à menudo, y que os exercite en la frecuencia de los Sacramentos, y obras de virtud, sabiendo mui bien como debeis obrar en conciencia.* Llegaron à entrar hasta lo mas íntimo de su alma las aguas de esta tribulacion, capaces de fumergirle, si hablando el mismo à solas con Dios, no huviera declarado, que solo el hallarse engolfado en el mar de su Passion le podia haver libertado del naufragio: *Señor, le solia decir, solo por vos, que tantos trabajos padecisteis por mí, se puede passar esto.*

Pero aun siendo ello tanto, no se daba el Guardian por satisfecho; y assi sin dispensarle de las ya dichas mortificaciones en el todo, le agregó la de que acarreasse piedra para la Enfermeria de aquel Convento, que por entonces se estaba fabricando, entregándole para el efecto un Macho certero. Mas al fin conociendo ser excesivo aquel trabajo, y que mas que mortificacion, seria impiedad el continuarlo en él por mucho tiempo, le ordenò que variasse de exercicio, cuidando de la puerta de un Rosal por donde se introducian los materiales de dicha obra, para que no lo destruyessen los que salian, y entraban. No passaba de este objeto el cuidado de Aparicio; y assi no reparaba en que cortas-

sen las Rosas, y se las llevassen quantos querian. Noticioso el Guardian de su franqueza, le mandò por obediencia, que no solo las defendiera; pero que ni las diesse, pues eran necessarias para la Botica, y Enfermeria del Convento. Afligido con el precepto el Siervo de Dios, preguntò al Prelado: *¿Y si me piden Rosas, què tengo de responder?* Edificòse aquel de la piadosa, y sencilla pregunta, y le respondió: que para esse caso le concedia licencia de dar una, y no mas. Alegre con la dispensa el Venerable, lo executaba assi, diciendo à los que llegaban à pedirle: *Hermano, no tengo licencia para dar mas, y el que dà lo que puede hace lo que debe.*

Ya havia dado Aparicio superabundantes pruebas de la puntual observancia de su profession, de su mortificacion continua, de su profunda humildad, de su pronta obediencia, y del todo de la perfeccion de su vida, acompañada de la mas santa simplicidad, para que no cediessè à su eficacia la impresion de los malos informes dados contra él à sugestion del enemigo: por lo que le ordenò el Prelado, que volviesse à tomar su antigua ocupacion; y sin embargo de serle ya tanto mas gravosa, quanto era mas abanzada su edad, y le afligian mucho mas sus accidentes; ofreciéndole à Dios tambien de nuevo este sacrificio, y habilitando sus ya desabiadas Carretas, prosiguiò en el exercicio de Limosnero, caminando para esto la extension de muchas leguas precisas para exercer su ministerio en veinte y ocho Lugares, los que dexaba siempre, ò admirados con lo raro de sus prodigios, ò edificados con los exemplos de su heroica virtud.